

VERDADEROS PRINCIPIOS DE LA CIENCIA.

DOCTRINA.

CAPITULO TERCERO.

La metafísica es una ciencia real y positiva accesible al hombre y susceptible de progreso.

Si en las dos direcciones, que he marchado en el exámen de los sistemas filosóficos, he encontrado dos simas sin fondo, una en el materialismo á que conduce el sistema empírico, y otra en el panteísmo á que conduce el sistema idealista, no se crea, que renuncio al título de puro y verdadero racionalista, no se crea que esté agotada en mí la fé en los progresos, que prometen las ciencias filosóficas en el órden de la razon, no se crea, en fin, que abjuro mis creencias sobre la metafísica, que considero como una roca indestructible, sobre la que se cimentan todas las ciencias, todos los conocimientos, todo el saber humano. ¿Cuál es el objeto de la metafísica? Si se echa una mirada sobre este mundo y todas las cosas que contiene, nosotros no vemos mas que la superficie, nosotros solo vemos fenómenos, porque solo fenómenos y super-

ficies nos da la observacion. Pero nuestra inteligencia camina mas adelante, nuestra inteligencia concibe, mas allá de esa superficie, mas allá de esos fenómenos, causas y sustancias, que dan origen á esos accidentes y á esos fenómenos, y cuya realidad le parece tan positiva como los fenómenos mismos, á pesar de no estar sometidas á la observacion. Cree, que detrás de los efectos que se ven, están las causas que no se ven ni pueden verse, que detrás de los accidentes que están á la vista, están las sustancias que se occultan, y que tales causas y sustancias obran en un espacio y en una duracion igualmente invisibles á la observacion, y que estas causas y estas sustancias están ligadas á una causa y una sustancia superior, que sirve de nudo porque las liga todas, que es el origen de toda existencia y de toda causalidad, que es Dios. Aqui tenemos el objeto de la metafísica. Este mundo invisible en el que existen estas causas, estas sustancias, que obran en la eternidad y en la inmensidad como medio, y cuyo centro es Dios, es la materia de la metafísica, y veamos ahora, si por el resultado de los sistemas que hemos examinado, es susceptible de progreso, que es el objeto de este capítulo.

Si recordamos lo que se dijo en la esposicion del sistema empírico, veremos, que segun su doctrina, no solo no ofrece ventaja alguna el sistema idealista, ó lo que es lo mismo, el estudio de la metafísica, sino que es hasta un absurdo abordarle, porque solo conduce á una region fantástica, donde todo son sombras y nada realidad. El sistema empírico, sienta por principio, que el único origen de todos nuestros conocimientos es la observacion sensible, y si fuera esta una verdad, es claro, que la ciencia no puede traspasar los límites de los fenómenos, que se ven, que se tocan y que se palpan, y la ontología ó metafísica tiene que ser una quimera, hija de imaginaciones estraviadas, puesto que las realidades, de que se ocupa esta ciencia, están fuera de los alcances de la observacion. Los puros empíricos estuvieron algun tiempo en la creencia, de ser compatible su sistema con la exis-

tencia de las realidades metafísicas, queriendo deducir estas de la observacion sensible, y este fué el gran trabajo de Locke; pero vino Hume, y destruyó completamente este castillo fundado en el aire, demostrando, que por mas violencia que quiera hacerse, de los datos empiricos jamás pueden dar á conocer las realidades ontológicas. Y asi no es extraño, que Cabanis dijera, que los dichos de Platon convenian con los primeros nazarenos, y que solo podia adoptarlos un fanatismo sombrío é ignorante; y que Bolingbroke sostuviera, que los metafísicos eran hombres que tomaban la razon por cómplice de su delirio. De aqui resulta, que si nos atenemos al sistema empirico, las ideas que la inteligencia humana se forma de las realidades del mundo invisible, son imaginarias y quiméricas, y, por consiguiente, las ventajas que podríamos esperar del estudio de la metafísica, son nulas y hasta perjudiciales, por los extravíos á que conducen, por falta de bases sobre que fundarse.

El mismo cuadro nos presentan los sistemas idealistas, que han sido objeto de exámen en la segunda parte. El que mas sobresale es el sistema critico. Kant conoció perfectamente el vicio capital del sistema empirico, de no reconocer otro origen de ideas que la observacion, y en este concepto admitió las nociones procedentes de la razon pura, siendo en este punto admirables sus trabajos, que le condujeron al puro idealismo. Pero mientras admite las nociones ontológicas, supone que son resultado de nuestra constitucion intelectual, que son formas de nuestro entendimiento, sin que esté en nuestro poder averiguar, si á estas ideas de nuestra alma corresponden realidades, que estén fuera, deduciendo de aqui, ser un absurdo lanzarse á las cuestiones metafísicas, que no pueden dar ningun resultado positivo. Kant proscribió la metafísica, en el acto mismo que presenta un sistema todo metafísico. De manera, que en los resultados, si bien marchando por distintos caminos, el sistema de Kant en nada se distingue del sistema empirico, porque ambos anatematizan

zan el estudio de la metafísica, y suponen absolutamente ineficaces sus resultados.

No aparecen en este terreno los demás sistemas idealistas, que han sido objeto de nuestro exámen. Servet, Descartes, Mallebranche, Spinoza, Leibnitz, Fichte, Schelling, Hegel, no han dudado de la existencia de la ciencia, y entregados á sus propias concepciones, se han lanzado al mundo invisible, en busca de las realidades que contiene, para presentar esos sistemas atrevidos, que son la admiracion del hombre pensador. Pero esta misma circunstancia, este mismo arrojó ha producido el descrédito de la metafísica, y ha ahogado toda esperanza de poderla considerar como verdadera ciencia. Todos estos filósofos, que constituyen lo que se llama la escuela ontológica, no estrechan sus miradas á lo que arroja la observacion sensible, por ser un círculo escesivamente mezquino á sus miras como hacen los filósofos sensualistas, ni tampoco reducen las ideas ontológicas á ser puras formas del pensamiento, como hace el filósofo de Kœnigsberg, sino que aplicando á estas ideas ontológicas el puro razonamiento, sin tener en cuenta para nada los datos de la observacion, se entregan á velas desplegadas á vanas teorías, y construye cada uno un mundo fantástico, que intenta presentar como la realidad misma. En este sentido dice muy bien Diderot: Las grandes abstracciones solo dan una luz sombría, el acto de la generalizacion tiende á despojar los conceptos de todo lo que tienen de sensible. A medida que este acto avanza, los espectros corporales se desvanecen, las nociones se retiran poco á poco de la imaginacion hácia el entendimiento, y las ideas se hacen puramente intelectuales. Entonces el filósofo especulativo se parece á aquel, que mira de lo alto de esas montañas, cuyas cimas se pierden en las nubes; los objetos de la llanura han desaparecido á sus ojos, y no le queda mas que el espectáculo de sus pensamientos, y la conciencia de la altura á que subió, y donde quizá no es dado á todos seguirle y respirar. «Esta es la historia de estos filósofos, y

:

desde Parmenides hasta Spínosa, y desde Spínosa hasta Hegel, se ha seguido un encadenamiento de sistemas metafísicos, destruyéndose unos á otros, por el empeño de aplicar el puro razonamiento á las nociones de causa, de ser, de tiempo, de espacio y demás ideas de la razon pura. Esta renovacion y destruccion continua de sistemas metafísicos ha creado un verdadero desaliento en los ánimos, haciendo creer, que el estudio de la metafísica era una pura quimera, una sombra sin realidad, siendo el mayor delirio quererla reducir á las condiciones de una ciencia. De manera que negando unos filósofos su existencia, y haciendo conocer su inutilidad los que se han propuesto justificarla, parece extraño, que con tales elementos no se reconozcan sus inconvenientes y desventajas.

En efecto, los sistemas que hemos recorrido no presentan buenos elementos para acreditar la metafísica. ¿Y por qué así? Porque todos estos sistemas desconocen el verdadero método que conduce á la ciencia. ¿Qué extraño es que encerrado el sistema empírico en no reconocer otro origen de ideas que la observacion sensible, encuentre cerrado el paso á las verdades ontológicas? Pero nosotros no podemos transigir con un error tan grave, desmentido por la observacion misma. Esta nos dice, que á la vista de los fenómenos nuestra razon concibe espontánea é inmediatamente la idea de causa, que no toma de los datos de la observacion, sino que se despierta con ocasion de estos datos. Si este es un hecho que destruye por su base todo el sistema empírico, la ciencia metafísica es accesible al hombre y en su mano está el descubrimiento de las verdades ontológicas. Estraviados de esta manera los filósofos empíricos, no es extraño que desconozcan las ventajas que ofrece su estudio y que miren con absoluto desden las indagaciones metafísicas.

Lo mismo sucede con la filosofía crítica, si bien en muy distinto rumbo. Kant admite la observacion como origen de ideas, en la misma forma que lo hacen los empíricos, pero se diferen-

cia de ellos en que admite además la razón pura, como origen de las ideas, que no aparecen en forma sensible, pero como no asegura su realidad, y las reduce á ser puras formas del entendimiento, mata la metafísica y hace imposible su estudio. ¿Pero de dónde deduce Kant que las ideas metafísicas hayan de ser puras formas de nuestro entendimiento, y que variarían ellas si nuestra organización intelectual variara, y que esto mismo no pueda suceder con las ideas suministradas por la observación? Si nuestra organización variara ¿se sabe si aparecería á nuestros ojos el mundo sensible lo mismo que es? Kant con su razonamiento destruye toda certidumbre y mina por su base toda la ciencia, y en un sistema en el que se proclama un escepticismo absoluto, no es extraño que se desconozcan las ventajas de la metafísica y que se desprecie su estudio.

En dirección absolutamente opuesta los filósofos de la escuela ontológica han destruido la metafísica á fuerza de exagerarla, sacándola de sus condiciones naturales. Es cierto que Servet, Spinoza, Hegel y todos los demás presentan magníficas epopeyas, en las que aparece bajo el principio de unidad, descubierto el enigma del universo, pero estos no son más que sueños que se han ido reemplazando unos á otros, sin que la ciencia ni el buen sentido hayan encontrado ni uno solo en que poder cimentar. Estos sistemas, llenos de originalidad y de grandeza, descansan en los datos que suministra la razón pura de causa, de sustancia, de espacio, de tiempo, pero desentendiéndose de los datos que suministra la observación y entregándose al puro razonamiento presentan sus construcciones lógicas, como el verdadero desenlace de todos los misterios que encierra el universo, pero que por desgracia las tales construcciones están en completa contradicción con la realidad de este mundo. No, esta no es la ciencia ontológica, esta no es la verdadera metafísica, la cual, si bien no podría existir sin los datos suministrados por la razón pura, esto es, no podría existir sin las nociones de causa, de sustancia,

de espacio, de tiempo, tambien es un hecho infalible que para que se cree la verdadera ciencia metafísica no basta saber que todo fenómeno tiene una causa, que todo atributo pertenece á una sustancia conforme á las inspiraciones de la razon pura, sino que es preciso bajar la mano y averiguar cuales son estas causas, estas sustancias, estos seres que pueblan este universo, descubriendo las relaciones que ligan los fenómenos que observamos con las causas que han debido producirlos, y de este modo nuestras indagaciones patentizarán la naturaleza de los seres invisibles que se ocultan á la observacion. Solo asi la ontología puede llegar á ser una verdadera ciencia, porque no hay otro camino legitimo para el descubrimiento de las verdades ontológicas, que el estudio de las relaciones que ligan los datos de la observacion á los datos suministrados por la razon pura, y si bien ligado nuestro entendimiento á tan estrechos limites, se cierra la puerta á esas magnificas síntesis que tanto admiramos, tambien los resultados, aunque modestos, son mas aceptables á la humanidad, porque se aproximan á la realidad de las cosas, ponen en armonía lo que sabemos del mundo visible con el mundo invisible, hacen realizable la ciencia ontológica, justifican nuestras esperanzas y nuestras aspiraciones, y patentizan la soherana inteligencia que gobierna al mundo.

Ha sido una desgracia para esta ciencia, que algunos filósofos, que han merecido el concepto de genios, se hayan dejado llevar del poder de su imaginacion, para lanzar al mundo sistemas llenos de novedad y atrevimiento, que si por un momento deslumbran, descubren, luego que se les profundiza, el vicio capital que abrigan en sus entrañas, y desvanecida asi toda esperanza, y perdida toda ilusion, se ha concebido un desprecio absoluto para con una ciencia que á tales delirios nos conduce. No, la metafísica es una ciencia verdadera cuando se la somete á sus naturales condiciones; cuando se busca la realidad del ser sin perder de vista la realidad de este mundo, la metafísica es la es-

presion clara de la razon humana, auxiliada del sentimiento del infinito, que responde á las mas caras y mas nobles necesidades del corazon, y que por medio del magnifico espectáculo que tenemos á la vista, presenta á la adoracion y al amor del género humano un ser real, infinito, omnipotente. No seamos ambiciosos, abandonemos en esta ciencia el sistema de brillantes hipótesis, que tan tristes resultados ha dado hasta ahora, ciñamos nuestras investigaciones á las ideas que nos suministra la razon como base de todas las operaciones de nuestro pensamiento, pero combinándolas con los datos que nos suministra la observacion sin separar la razon de la conciencia, ni la conciencia de la libertad, ni la libertad de las demás fuerzas que ella supone, y sentada de esta manera la metafisica en su verdadero cimiento, recobrará su influencia y el alto puesto que la está señalado en ventaja de la moral, de la religion y de la filosofia. No hay remedio, todo sistema filosófico que se desentiende de los datos de la observación, y que quiere construir la ciencia sin el intermedio de los hechos, se pierde irremisiblemente en el inmenso campo de las hipótesis. Desde el momento que prevalidos los filósofos de ciertos principios absolutos, se entregan á las deducciones del puro razonamiento, es bien seguro que jamás llegarán á la realidad que se trata de conocer, jamás se fijarán en el hombre, en el mundo, en Dios, y cuanto mas fecundo sea el principio en que apoyen sus razonamientos teóricos tanto mas escéntricas serán sus teorías, porque tanto mas se alejarán de la realidad que es la que constituye la legitimidad de la ciencia.

El estudio de la metafisica tiene que comenzar por el conocimiento de nosotros mismos. Las revelaciones de nuestra conciencia son la base de todas las indagaciones ontológicas. Tenemos instintos, tenemos apetitos, tenemos sensaciones groseras, fenómenos todos hijos de nuestro organismo, y que tienen por término la conservacion de la vida. Pero por cima de estos elementos empíricos, tenemos mas, tenemos otras facultades, te-

nemos inteligencia, voluntad, sentimiento, imaginacion, que elevan nuestra alma á regiones mas altas, y que en muchas ocasiones están en contradiccion con las emociones fisicas que experimentamos en este mundo. ¿No se ve á nuestra inteligencia escudriñar las entrañas de nuestro globo, indagar las especies que han debido habitar en su superficie, desentrañar la historia de los pueblos mas remotos, buscar el origen de todas las cosas y lanzarse por cima de nuestras cabezas en busca de esos mundos rutilantes que pueblan el globo, para conocer las leyes que les rigen y la marcha que llevan en su magestuoso movimiento? ¿No vemos á nuestra imaginacion en alas de la poesia y del arte romper las cadenas que nos ligan á la tierra y crear un mundo en el que brilla la perfeccion moral, elevando nuestro ser á la region de los ángeles? ¿Qué significan los arranques del sentimiento, que estando por cima de las concepciones de la razon y del vuelo de la imaginacion, llenan el alma de amor, de admiracion y de fé, sin encontrar palabras para esplicarlos? ¿Y no ha de tener un origen esta tendencia irresistible que se abriga en el fondo de nuestras almas hácia lo verdadero, lo bueno, lo bello? ¿Serán estas magnificas ideas que absorben todo nuestro ser palabras vacías de sentido, cuando las concebimos como necesarias y absolutas, y cuando nos vemos forzados á atribuir las, fuera de las cosas finitas de este mundo, una existencia infinita, eterna, centro de toda existencia, de todo movimiento y de toda vida? Si, en el fondo de todas estas ideas aparece una realidad, y esta realidad es el infinito, que nos revela los fenómenos del espíritu, las ideas y los principios de la razon y el magnífico cuadro que presenta la naturaleza.

Estudiémonos á nosotros mismos, vayamos de lo conocido á lo desconocido, y la metafísica se hará una realidad. Estudiemos nuestra organizacion intelectual, y veremos que por cima de la sensacion que nos pone en comunicacion con los cuerpos, por cima de la conciencia que nos da á conocer las profundidades de

nuestro ser, nuestra inteligencia posee un gran número de ideas necesarias, que no pueden entrar por los sentidos, que no nos da la conciencia, y que, sin embargo, constituyen la base principal de nuestros conocimientos. Estas ideas necesarias son las de sustancia, de causalidad, de inmensidad, de eternidad, de belleza, de bien, de verdad, que no pudiendo existir por sí mismas, suponen un centro comun, un ser, un Dios eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma. Dios, autor del orden y de la vida, se revela al alma humana por su accion incesante, rodeándola con el brillo de su luz, y someténdola á la irresistible impresion de su poder, y este conocimiento, que eleva nuestra inteligencia por cima del firmamento, es obra de la razon, de esta facultad sublime, que pone nuestro espíritu en comunicacion con la verdad infinita. Asi por el solo estudio de las leyes de nuestra inteligencia, y sin perder de vista el mundo fenomenal, en el que se desenvuelven nuestras facultades, pasamos naturalmente de lo concreto á lo abstracto, de lo particular á lo universal, del mundo de las sensaciones al mundo de las ideas, del empirismo al idealismo, centro de la verdadera metafisica. Estudiémonos, y veremos, que la idea que se opera en nuestra alma es la forma inteligible del ser, que es el límite, en que vienen á encontrarse el ser y el pensamiento, y es el punto de fusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo infinito y de lo finito. La naturaleza en su grandeza es una manifestacion de Dios, pero es una manifestacion débil, mientras no se desprende de sus formas materiales, mientras no se la reduce á una idea operada en nuestra inteligencia, mientras no aspira á lo absoluto y á lo eterno. En medio de la variedad que presentan las ciencias en sus distintas combinaciones, en medio de las formas sensibles y tambien variables de las artes, se descubre un punto fijo, que es la unidad, centro de todos los conocimientos, y este descubrimiento es obra de la idea, que conmueve el espíritu, y de esta manera el estudio del alma, el estudio

de nosotros mismos es la base de la verdadera ciencia, y la prosecucion de este ideal es el objeto de la alta filosofía, por mas que en toda su estension nos sea irrealizable. Pero este estudio de nosotros mismos, este estudio de la idea que se realiza en nuestra alma, no ha de hacerse bajo la estrecha teoria de Kant, que convierte las ideas en formas subjetivas, y sin ninguna relacion con el ser; ni bajo la teoría de Hegel, que las identifica con el ser, sino que es preciso considerarlas como formas absolutas del pensamiento, que distinguiéndose del ser, tienen con él una conexión íntima y necesaria. La idea no es el ser, sino que es una simple forma del ser y del pensamiento á la vez, de tal manera, que el ser y el pensamiento coinciden en la idea, resultando de aqui, que el estudio de la idea que se realiza en el alma, y el estudio del alma misma, constituyen el verdadero fundamento de las indagaciones metafísicas. De esta manera, del estudio de nosotros mismos nos lanzamos, por las ideas, al mundo invisible, donde todo es grande, todo es magnífico, porque nos aproxima á la perfección, porque nos descubre los tipos del bello ideal, que en vano se buscan con los ojos del cuerpo.

Pero si el estudio de nosotros mismos nos pone en el verdadero camino, para que las indagaciones metafísicas den su verdadero fruto, no se pierda de vista, que el objeto de esta ciencia es el estudio del infinito, y que si es absolutamente indispensable dar su parte al razonamiento y á la esperiencia, para evitar extravíos, siempre en el fondo aparece algo de incomprensible, que es objeto, no de la convicción, sino de la creencia, no de una certidumbre rigurosa, sino de la fé, no de la razon sino del sentimiento. En esta region elevada campean los sentimientos grandes, y que son grandes por lo mismo que se oscurecen en el fondo del infinito. Esta fé verdaderamente filosófica es la que nos introduce en el dominio de la realidad, y nos da á conocer, no formas, sino la existencia misma de los objetos, sobre los que se ejercita nuestra inteligencia. Si los sentidos y la conciencia nos

dan á conocer los fenómenos del mundo exterior y del mundo interior; si el razonamiento nos conduce al descubrimiento de las relaciones que les ligan; y si la razon nos descubre las primeras verdades, los principios *à priori*, base y fundamento de toda verdad y de toda certidumbre, existe por cima de todo, otro elemento que desborda todas nuestras ideas, todas nuestras facultades comprensivas, y que de no tomarle en cuenta se harian ilusorias todas nuestras indagaciones metafisicas. Este elemento es la creencia inquebrantable é irresistible, de que mas allá del ser que concebimos está el ser que no concebimos, y que no podemos someter á las formas determinadas que le puede dar nuestra inteligencia. Es la creencia que inspira al poeta, que inflama al orador, que entusiasma al artista y que constituye la fé del género humano en lo incomprensible y en lo absoluto. Estudiémosnos á nosotros mismos, y vayamos de lo conocido á lo desconocido, pero no olvidemos este elemento, que se halla en el fondo de los estudios metafisicos, y sume el alma en la contemplacion del infinito, centro de toda realidad. Es cierto, que nuestra inteligencia finita no puede penetrar en las últimas profundidades del infinito, pero como la idea del infinito existe en su alma, y es la primera base de su existencia intelectual y moral, no dude en abordarla, pero llevando en la mano la antorcha de la observacion y de la esperiencia, para conciliar asi los datos que estas suministren, con las inspiraciones que imprime aquella region tan sublime como desconocida, tan encantadora como incomprensible.

Sentada esta base para las indagaciones metafisicas, son inmensas las ventajas que puede proporcionar su estudio. Teniendo una conciencia perfecta de todas las leyes y de todas las formas determinadas de nuestra inteligencia, creeremos en el infinito, que está por cima de nosotros, y creeremos en el finito, que está fuera de nosotros. El infinito es el ser en sí, y sin esta verdad objetiva y absoluta, sin este infinito en sí no puedo comprender

la existencia del mundo exterior, y así Dios, la naturaleza y el alma humana son tres términos de la existencia que se hallan tan ligados en nuestro espíritu, que es imposible desechar uno, sin desechar igualmente los otros dos. Se admite el infinito con lo finito, y nos veremos libres del panteísmo; se admite lo finito con lo infinito, y nos veremos libres del ateísmo y del materialismo; se admite el finito y el infinito, y nos ponemos en las verdaderas condiciones de la metafísica, é iluminados con la antorcha de la fé filosófica, abordaremos el problema de nuestro destino, y comparadas las miserias á que estamos espuestos en este mundo con el horizonte inmenso que abren, delante de nosotros, nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestras facultades y nuestros deberes, concebiremos la existencia de una vida inmortal, donde reciban su natural solución las contradicciones de este mundo.

El cultivo que recibe el alma con los estudios metafísicos es inmenso. Las ideas abstractas suponen ya una meditación profunda, que nos hace percibir los menores hilos de nuestros pensamientos, y las relaciones que ligan las ideas más lejanas en apariencia, y buscando la solución en el foco del alma, se ensancha el espíritu, y desde el fenómeno físico más insignificante hasta las primeras verdades en el orden moral se advierte el encadenamiento maravilloso, que liga al conjunto, y que en su universalidad es objeto de las ciencias metafísicas. Así se ha visto, que mientras los filósofos empíricos encerrados en el estrecho círculo de la sensación, buscan el origen de las bellas artes en la simple imitación de la naturaleza, se lanzan los filósofos idealistas en busca de la belleza ideal, y encuentran en los sentimientos innatos del alma, los materiales para dar forma y vida á los cuadros de Murillo, á las concepciones delicadas de Garcilaso, haciendo conocer al hombre su grandeza y su dignidad, para ocuparse de lo eterno y de lo invisible, en medio del elemento grosero que le rodea. Útil y aun necesaria es la experiencia, para averiguar las

leyes que rigen al universo, pero tambien obrando asi, se estrecha el alma en el pormenor de los detalles, mientras que entregado el filósofo idealista á la contemplacion de los primeros principios, predice por el pensamiento lo que la observacion viene despues á confirmar. A concepciones de este género se deben el descubrimiento de un nuevo mundo, la ley de la atraccion universal, la existencia de algunos planetas, la inamovilidad del sol. El filósofo idealista ve en el alma un reflejo del universo entero, y fija su mirada en el principio de unidad, cree descubrir el lazo que liga el mundo fisico con el mundo moral, el mundo de las sensaciones con el mundo de las ideas, el ideal con lo real, lo real con lo ideal, engrandeciéndose asi, con las luces del pensamiento, la ciencia de la naturaleza, del hombre y de Dios. Es verdad, dice Mr. Cousin, que la historia de la metafisica nos presenta sistemas, que se combaten y se destruyen sucesivamente, pero no todo perece en esta incesante destruccion. La metafisica avanza de ruina en ruina, y marcha al través de los siglos, desenvolviéndose indefinidamente, enriqueciéndose siempre, y presentando con confianza, al siglo que visita, los tesoros que los siglos precedentes han acumulado en su seno. Si se eclipsa momentáneamente de la escena filosófica, no se crea que es para desaparecer sin remedio, sino que tales eclipses son momentos de detenida, que separan una gran época de otra. Como un sistema de metafisica no es nada menos que la sintesis de todas las ciencias especiales, cuando no responde ya á las necesidades siempre crecientes del espíritu humano, cuando el análisis ha descubierto, ya en el mundo fisico, ya en el mundo moral, hechos numerosos y decisivos, que este sistema no puede explicar, entonces la metafisica tiene que sucumbir á los ataques del escepticismo. Pero el escepticismo, que no es mas que un medio y no es un sistema, se retira poco á poco de los espíritus; y al hueco que deja se sucede un nuevo trabajo, que engendra con el tiempo una nueva síntesis. Para quien conoce y juzga bien lo

pasado, es evidente, que la metafísica comienza hoy día á triunfar de las negaciones del escepticismo y de las reservas del espíritu empírico, porque no combatimos por una causa envejecida, sino por una causa siempre jóven, porque es inmortal.

